



JAQUE AL JEQUE

Curro Lucas

Me llamo Nasser. Soy cocinero y mañana me van a ejecutar. Suponen que no sé nada. Bajo del *Sea Albatross* muy temprano consciente de que hoy podría cocinar mi última cena para el jeque y sus millonarios amigos. En el puerto de Barcelona nos esperan dos flamantes Mercedes Maybach S600 de color negro con chófer. Dos de los guardaespaldas del jeque nos acompañan a Omar, mi mano derecha, y a mí. Nos dirigimos hasta el cercano mercado de La Boquería. No me quitan ojo, pero tampoco tengo intención de fugarme. Conozco bien el mercado porque viví varios años en Barcelona como jefe de cocina de un

céntrico restaurante. Ahora es más turístico que nunca, pero todavía se pueden encontrar muchos productos de calidad y mantengo el contacto con algunos proveedores a los que escribí vía mail para encargar los ingredientes más exquisitos y difíciles de encontrar. Gran parte de las necesidades de la despensa podían cubrirse con el servicio de compras del puerto, pero he insistido en seleccionar yo mismo los mejores ingredientes para una cena tan importante. Guardo un as en la manga que quizás salve mi vida.

Recorro sus pasillos saludando a viejos amigos y proveedores. La lista de la compra incluye, entre otras maravillas: dos jamones ibéricos de bellota; 600 ostras frescas; 5 kilos de caviar de Río

Frío; 20 kilos de tomate Raf; setas de temporada, hasta 5 kilos de diversas variedades; 30 kilos de frutas tropicales, la mayoría para hacer centros decorativos; dátiles tunecinos, orejones y pistachos y hasta 40 kilos de otros frutos secos; 25 perdices; 2 kilos de mantequilla artesanal; 300 ancas de ranas; 5 kilos de caracoles y especias venidas de todos los rincones del globo. No se nos puede olvidar la bebida principal: 100 botellas de cava artesanal *brut nature reserva*.

Observo con nostalgia la funcional cubierta metálica del mercado, la vibrante vida comercial en todo el entorno urbano cercano y nuevas tendencias alimentarias potenciadas por la globalización. Los olores me traen gratos recuerdos que me dan fuerzas para afrontar mi último gran reto.

Vuelvo al barco bajo la atenta vigilancia de los escoltas. Mi ayudante coordinará el transporte de toda la compra al *Sea Albatross* y se encargará de comprar el ingrediente secreto que hará que la cena haga historia. Se lo he encargado a Carlos, una de mis amistades más cercanas en Barcelona. No hará preguntas.

Veo helicópteros aterrizar en el helipuerto del yate con algunos de los invitados. La embarcación, con 122 metros de eslora, es de las más lujosas del mundo. Diseñada y construida a medida en unos astilleros italianos que no escatiman en lujos.

La negatividad conquista mi voluntad por unos momentos. Empiezo a pensar en que nunca debí mirar a Gamila, la esposa más joven del jeque. Mucho menos hablar con ella. Nos enamoramos en la cocina, en las largas noches en las que ella se escabullía de la vigilancia para pedirme que le cocinara algo. A pesar de que nuestro romance lo llevamos con discreción desde hace meses, alguna de las 55 personas de la tripulación nos descubrió y nos traicionó contándolo al poderoso esposo. Si no fuera porque la cena de esta noche es importante para el jeque yo llevaría días muerto. Ignoro que retorcidos planes tiene para castigar a Gamila.

Gran parte del menú del último festín lo saco de 'Les diners de Gala', el libro de recetas que el artista catalán Salvador Dalí concibió para su esposa. La noche que se lo mostré a Gamila fue la primera vez que nos besamos y hablamos de

fugarnos. Aunque llevamos varios días sin vernos a pesar de vivir en el mismo barco, ella va a reconocer que el lujoso menú de esta noche lo cocino para ella y para nadie más.

Así será el menú: Ensalada al estilo Alexandre Dumas, Ostras a la Brolatti, Crema de ranas, Saltimbocca de caracoles, pirámide de cangrejos de río con hierbas vikingas, Timbal de cordeiro con puerros, Bogavante a las perlas negras, Pavo real rodeado de su corte, Timbal "Elysée". Los aperitivos son las exigencias del jeque: Jamón ibérico, caviar, ostras... el habitual lujo gastronómico para presumir de abundancia que en gran parte acaba siendo tirado por la borda al día siguiente. Inadmisibles despilfarros de alimentos para alguien como yo, que viene de la más extrema pobreza.

Todos los años el jeque cita en algún puerto del Mediterráneo a sus amigos del petróleo. Algunas de las personas más ricas y anónimas del planeta. Las agasaja con una cena de lujo y un viaje que culmina en una de sus propiedades en alguna isla del mismo mar. En general, una semana en la que hacen negocios, pero sobre todo consumen drogas, juegan al póker, humillan a la tripulación y pasan la mayor parte del tiempo con prostitutas de alto *standing*. Una de las pocas normas durante esos días, es que el teléfono móvil se apaga y se guarda en una caja fuerte del yate. En esta ocasión el viaje comienza en Barcelona pero nadie se imagina dónde acabará...

(...)

Han pasado varias horas. He estado trabajando en cocina sin descanso. Mi plan está en marcha. La cena anda bastante avanzada. Muchos de los millonarios se han encerrado en sus camarotes con algunas prostitutas, otros siguen en cubierta con signos evidentes de euforia ocasionada por el alcohol y la cocaína.

El personal de seguridad empieza a sospechar que algo raro está ocurriendo tras algunos desmayos entre los invitados y parte de la tripulación. Estamos en alta mar, aislados. Hemos saboteado los sistemas de comunicación del barco. Los desmayos y el malestar general se aceleran y no dan a nadie la opción de reaccionar. Desde el inicio de los desvanecimientos solo han pasado

20 minutos, y los guardaespaldas también empiezan a desplomarse. Algunos invitados caen por la borda y no hay nadie que pueda salvarlos. El sistema de abastecimiento de agua del yate y parte de la cena tienen cantidades industriales de un potente somnífero capaz de dormir hasta un elefante. Las dosis son tan altas que algunos podrían morir. Me da igual. No hay en estos momentos barrera moral, social o religiosa que me frene a la hora de salvar mi vida.

Me hago con un arma por si tengo que dar pasaporte a algún entrometido. Tenemos solo unas pocas horas hasta que empiecen a despertar. Omar me ayuda a llevar a los amigos que tenemos entre la tripulación a una de las lanchas de emergencia. Queremos que tengan alguna oportunidad de salvar la vida. Los dejamos atrás mientras el yate sigue avanzando y vamos arrojando algunos cuerpos al mar. Sin piedad.

Provocamos un incendio en la cocina de la embarcación y nos aseguramos de provocar explosiones que en menos de una hora lleven al fondo del mar al yate, al jeque, a los millonarios, las prostitutas y el resto de cómplices de toda la fealdad del mundo actual. Los quiero a todos muertos. A los más despreciables los hemos situado cerca del incendio, para que sus cuerpos queden tan ennegrecidos como sus almas.

Llevamos a Gamila a otra de las barcas de emergencia y nos dirigimos a la costa. Omar nos deja en una playa 25 km al sur de Barcelona. Él seguirá viajando al sur mientras tenga combustible, hundirá la embarcación y se ocultará en algún lugar de Andalucía. Por mi parte tengo todo pensado. Mi amigo Carlos nos recogerá en breve. Nos ocultaremos varios meses en una

de sus viviendas, hasta que los medios y las autoridades dejen de preguntarse qué pasó con el *Sea Albatross*.

Para entonces nos habremos creado nuevas identidades. He ahorrado mucho dinero trabajando durante años en embarcaciones de lujo. 5.000 euros al mes sin tener inquietudes materiales dan para mucho. La mayoría lo guardo en una cuenta imposible de rastrear. Haremos lo que siempre quise hacer. Nos quedaremos el pequeño puesto de La Boquería de Carlos, al que he garantizado una buena jubilación. En La Boquería venderemos materia prima de temporada y ofreceremos a los turistas algunos platos de degustación.

Cuando despierte, estoy seguro de que Gamila entenderá lo que he hecho. De dónde venimos es difícil tener opciones. Ella nunca quiso casarse con el jeque y odia a su familia por haberla obligado a cambio de algunas riquezas.

Gamila no ha estado en Barcelona jamás, pero mis historias han sido suficientes para que se enamorara del embrujo de la Ciudad Condal, de sus mercados, su arquitectura, su gastronomía y su clima. Más de una vez hemos fantaseado con escondernos en el bullicio cosmopolita del centro.

No sé lo que durará nuestra estancia en el paraíso. Si me pillan, por poco que sea, habrá merecido la pena. Llevaré sobre mi conciencia el peso de mis acciones, pero el amor necesita de vez en cuando una victoria. Estoy preparado para lo que tenga que venir...

Ilustración: Pablo Moncloa

